

DOMINGO XXVIII TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

El banquete es una imagen habitual en la Sagrada Escritura para mostrar la alegría del Cielo. El Evangelio nos habla de la boda del hijo, que es Jesucristo. La esposa es la Iglesia. San Pablo, en la Carta a los efesios, compara el matrimonio con el amor de Cristo por su Iglesia. Todos los hombres están invitados a ese banquete. Así lo dice Isaías. Porque al festín han sido invitados pueblos numerosos. El designio salvador de Dios se extiende sobre todos los hombres.

La parábola muestra el drama de los que rechazan la invitación. Una posibilidad real que, con frecuencia, olvidamos. Que Dios quiera que todos los hombres se salven no significa que todos los hombres quieran ser salvados. En el texto se nos muestra una serie de disculpas: cuidar los negocios, atender las tierras o, lo más terrible, responder asesinando a los mensajeros. Aun cuando no todas las actuaciones revisten la misma gravedad, todas tienen una única consecuencia: quedar fuera del banquete.

Por eso para nosotros los católicos es importante la Misa de cada domingo. Quien no acepta la invitación de sentarse al Banquete de la Misa de cada semana, quien rechaza esta invitación por otra cosa, quien siempre encuentra una excusa y tiene cosas más importantes que responder a la llamada que Dios le hace al menos una vez a la semana, que no espere tener un sitio en el Banquete del Cielo. La respuesta a Dios que me invita, no se le da cuando me interesa o cuando me va bien. Quien ha descubierto que Dios es lo más importante, que Dios me ama infinitamente, entonces lo ama sobre todas las cosas. Así lo vive y así lo testimonia.

Y el que no ha ido a Misa el domingo, a no ser por causa grave, no puede comulgar si no ha confesado antes. No puedo decirle al Señor que le quiero mucho, y luego comulgar, si la semana anterior le he dejado plantado, y ni siquiera le he pedido disculpas. Ir a Misa cada domingo, más que un precepto, es una expresión de amor y agradecimiento como respuesta al amor del Señor que ha dado su vida por mí.

La llamada a ser ciudadanos del Cielo es universal y, además, no exige méritos previos, sino simplemente aceptar la invitación con libertad. Decir que sí al Señor, lo hacemos en cada momento de la vida: en cada día y en cada momento, en cada circunstancia.

Igual que nos preparamos para ir a la boda de un familiar o de un amigo, lo hacemos también para asistir a las bodas del Cordero. Jesús es el buen pastor que nos va guiando por el sendero de la vida hacia el lugar donde se celebra la gran fiesta. Por eso ha venido al mundo, para ser nuestro camino. Y en ese caminar nos va preparando para que seamos dignos convidados.

Dios Padre no quiere que nadie falte a la gran fiesta de bodas. Su invitación nos llega constantemente a través de la Iglesia y no podemos desaprovecharla. Que la Virgen nos acompañe en este el camino.